Artículo

Dr. Livingstone, mucho más de lo que suponemos

Dr. Livingstone, much more than we think

Maite Hernández Presas*

Resumen

El médico, misionero y explorador escocés David Livingstone, impulsado por su pasión por la aventura y los descubrimientos, dedicó casi treinta años a recorrer el corazón de África explorando territorios jamás vistos anteriormente. Hasta sus expediciones al interior de ese inmenso continente, África era totalmente desconocida. La mayoría de sus ríos no eran navegables, las condiciones climáticas eran adversas para los no nativos y existían densas selvas en las que los insectos, los animales salvajes, las enfermedades y las tribus hostiles hacían casi imposible las expediciones a pie.

Palabras clave

David Livingstone. Exploración de África Meridional y Central. Esclavitud. Misiones cristianas.

Abstract

The Scottish physician, missionary and explorer David Livingstone, driven by his passion for adventure and discovery, spent nearly thirty years to cross the heart of Africa exploring territories never seen before. Even his expeditions into this vast continent, Africa was unknown territory. Most rivers were not navigable, the weather conditions were adverse for foreign and there were dense forests where insects, wild animals, disease and hostile tribes made almost impossible the expeditions on foot.

Key words

David Livingstone. Exploration of southern and central Africa. Slavery. Christian missions.

---

* La autora es veterinaria.



Livingstone fue, en plena época colonial en la que la esclavitud y racismo formaban parte del imperialismo europeo, un activista viajero que luchó por los derechos humanos y contra el maltrato del hombre negro en los territorios colonizados por el hombre blanco. Sus esfuerzos por combatir el comercio de esclavos y el sentimiento que imprimió a su práctica como médico le convierten en el prototipo de explorador humanista. Su objetivo inicial fue difundir el cristianismo y llevar el comercio y la civilización a estas regiones. Durante los primeros años trabajó con los nativos en las zonas colonizadas por los blancos, no obstante, sus misiones posteriores se encaminaron a la exploración, en primer lugar del Zambeze y sus afluentes y, más tarde, a la búsqueda de las fuentes del Nilo. Durante este tiempo volvió a Gran Bretaña en dos ocasiones, en 1856 y en 1864.

1. Sus comienzos

David Livingstone nació el 19 de marzo de 1813 en Blantyre, cerca de Glasgow, en Escocia. Fue el segundo de siete hijos de una familia de clase obrera que compartían una habitación en un edificio propiedad de la empresa, una fábrica de tejidos de Glasgow, donde Livingstone empezó a trabajar a la edad a los diez años realizando jornadas de doce horas diarias. Su padre le enseñó a leer y escribir y asistía a la escuela por las noches. Él mismo se dedicó al estudio del latín y desarrolló una gran pasión por la historia natural.

Gracias a su tesón y fuerza de voluntad, logró estudiar teología en Edimburgo. Aunque parecía que su futuro estaba encaminado hacia el ámbito eclesiástico, un olvido del discurso que tenía preparado en su primer día como sacerdote, le llevó a cuestionarse si esa era su verdadera vocación y plantearse si debía seguir ese camino. No obstante, el prestigioso misionero Robert Moffat, de visita temporal en Edimburgo, influyó en su decisión de estudiar Medicina para así poder satisfacer sus dos grandes deseos: la evangelización cristiana y la ayuda altruista a los más necesitados.

2. Livingstone, médico

Durante el siglo XIX la educación médica británica experimentó diversos cambios. La titulación universitaria otorgaba un MD, pero también se les podía adjudicar el tratamiento de doctor, por cortesía, aunque no obtuvieran el título de médico a boticarios, practicantes o cirujanos, por lo que estas opciones también eran las escogidas por los jóvenes de la época (entonces sólo los varones podían obtener una titulación).

La mayoría de los jóvenes que ingresaban en la profesión médica en Gran Bretaña acababan engrosando las listas de médicos generales. Gran parte de éstos se formaban a través de la asistencia a conferencias en las escuelas de medicina privadas o escuelas adscritas a los grandes hospitales y dispensarios, seguida por la instrucción nocturna

◄ Figura 1.—Retrato póstumo de David Livingstone por Frederick Havill (1815-1884) (National Portrait Gallery, Londres, cortesía de Wikipedia).

en los hospitales. Las clases también eran impartidas por profesores asociados a algunas de las prestigiosas instituciones médicas: *The Royal College of Physicians and of Surgeons* en Londres y Edimburgo, *The Royal College of Surgeons* de Irlanda, y la *Faculty of Physicians and Surgeons* de Glasgow. Estas instituciones, además, examinaban y otorgaban títulos, por lo que un estudiante debidamente acreditado con los certificados de asistencia al número de cursos requerido podía presentarse a su examen y podía recibir una titulación para ejercer. Los requisitos variaban ligeramente pero normalmente un estudiante asistía a clases de anatomía, fisiología, química, materia médica (el estudio de los medicamentos y sus acciones), principios de cirugía y teoría de la enfermedad. También se exigía experiencia en obstetricia.

Este es el tipo de educación que Livingstone eligió. En 1836, a los 23 años, había ahorrado suficiente dinero como para entrar en la Universidad de Anderson, en Glasgow, y estudiar medicina. Teniendo en cuenta la educación recibida, ingresar en la Universidad de Anderson fue un logro extraordinario. Tras dos años allí fue aceptado por la Sociedad Misionera de Londres y fue enviado a Chipping Ongar, en Essex, donde apartó temporalmente sus estudios de medicina para matricularse en griego, latín, hebreo y teología. En 1840 completó sus estudios de medicina en la *British and Foreign Medical School*, el *Aldersgate Street Dispensary, Charing Cross Hospital* y en el *Moorfields Hospital*. En noviembre de ese año, se graduó como Licenciado de la Facultad de Medicina y Cirugía de Glasgow. Al respecto dejó escrito:

> «Después de concluir mis estudios médicos y de defender mi tesis sobre un asunto que requería el empleo del estetoscopio para su diagnóstico, di motivo, sin sospecharlo siquiera, para que fuese mi examen más riguroso y prolongado de lo que suele acostumbrarse, siendo causa de esto una corta polémica que mantuve con los examinadores sobre la importancia de aquel instrumento, que no era tanta en mi sentir como se le atribuía. Lo más prudente en aquella ocasión hubiera sido no tener opinión propia, pero fui admitido como licenciado en la Facultad de Medicina y Cirugía».

En su graduación Livingstone hizo un quiebro al juramento hipocrático de la época, al jurar «por Dios» y no «por Apolo». Ese mismo mes también fue ordenado misionero de la Sociedad Misionera de Londres. Desechó la idea de viajar como misionero a China, ya que el país asiático había cerrado las fronteras a los extranjeros con motivo de las Guerras del Opio. Y en diciembre de 1840, con sus títulos recién obtenidos, decidió embarcarse rumbo a Sudáfrica y asentarse en la misión de Kuruman como médico misionero.

Livingstone fue uno de los primeros misioneros médicos del centro y sur de África y el primer europeo en ganarse la confianza de muchas tribus locales como «curandero y hombre medicina». Logró tal reputación entre los pueblos que visitaba, que tenía dificultades para atender a sus pacientes y finalmente tenía que limitarse a tratar sólo a aquellos con enfermedades graves. Particularmente era requerido por sus habilidades en obstetricia, extirpación quirúrgica de tumores y oftalmología.

En sus diarios y cartas describió interesantes observaciones sobre las enfermedades

africanas tales como la úlcera de Buruli, el escorbuto y la malaria. Fue uno de los primeros en administrar la quinina a dosis que ahora se saben eficaces y, a diferencia de otras expediciones en África, las suyas destacaron porque sus exploradores presentaban tasas de mortalidad por paludismo relativamente bajas.

Livingstone era de la opinión de que la mayor amenaza para la salud era la fiebre. De acuerdo con el pensamiento médico de la época, consideró la fiebre como una enfermedad en lugar de un síntoma producido por otros males específicos, como parásitos de la malaria, gusanos, o bacterias. Como prevención recomendaba «un montón de trabajo interesante que hacer y abundante comida sana». Además, por sus propias dolencias, correlacionó el clima de la zona con enfermedades como la neumonía, fiebre tifoidea y disentería. Contrajo la malaria y la padeció en varias ocasiones en sus viajes. No la reconocía como una enfermedad en sí misma, pero admitía que esas fiebres surgían en lugares poco saludables, tales como terrenos pantanosos de baja altitud donde los mosquitos estaban presentes, aunque no lo relacionaba con el hecho de que el mosquito pudiera transmitir la enfermedad:

> «Cualquiera que fuera la causa de la fiebre, observamos que todos estaban afectados a la vez, como si se tratara de malaria. Este fue especialmente el caso que se dio durante un viento del norte: al principio creía que una dosis diaria de quinina evitaría el ataque. Desde hace varios meses todos los hombres, excepto dos, toman quinina regularmente todas las mañanas».

Las anotaciones del doctor sobre esta enfermedad fueron vitales para la medicina moderna y su gran aportación fue el uso de la quinina en el tratamiento. En 1850, Livingstone la comenzó a administrar cuando la fiebre aparecía con un carácter intermitente. Pensó que su receta actuaba provocando una limpieza de los intestinos. Así, «encontró en la quinina una cura inestimable de los males [malaria], tanto para dolores de espalda, como huesos doloridos, dolor de cabeza, pulso acelerado y, a veces intermitente, pulsaciones visibles de las yugulares, ojos llorosos, piel ardiente, lengua sucia». Y describía en sus libros este remedio compuesto «de seis a ocho granos de resina de jalapa, la misma cantidad de ruibarbo, y tres de calomelano y otros tantos de quinina, que permite preparar cuatro pastillas, con tintura de cardamomo; que por lo general alivia todos los síntomas en cinco o seis horas. Cuatro píldoras constituyen la dosis completa para un hombre, una será suficiente para una mujer».

A estas píldoras se les dio el nombre de «rousers» («levantadores»), debido a su eficacia en poner en pie a los afectados por la fiebre palúdica. Los «levantadores de Livingstone» fueron fabricados posteriormente por la firma Burroughs-Wellcome hasta la década de 1920. Existió también una línea de botiquines «Livingstone» para viajeros, que contenían, por supuesto, quinina. Sus observaciones en el tratamiento de la malaria, que fueron publicadas en prestigiosas revistas médicas como *The Lancet* y *The British Medical Journal*, revelaron descubrimientos importantes que ayudaron a los científicos a desarrollar tratamientos para la «enfermedad del sueño» o tripanosomiasis africana. Livingstone dedujo que la enfermedad en los animales se transmitía por la picadura



Figura 2.— El río Okavango a su paso por Bostwana (cortesía de la autora).

de la mosca tse-tsé. Escribió acerca de cómo tratar a un caballo con fiebre después de haber sido picado por una mosca, utilizando una solución que contenía arsénico. En la actualidad todavía se utiliza el tratamiento con derivados arsenicales.

Livingstone contrajo numerosas enfermedades en el continente africano, además de otras vicisitudes, como toparse con insectos, reptiles y mamíferos. En febrero de 1844 fue atacado por un león causándole daños permanentes en su brazo izquierdo. Según relata en sus libros «el shock le provocó un estado de ensoñación en el que no había sentido ni dolor ni sensación de terror; fue como lo que describen los pacientes bajo la influencia del cloroformo, que ven toda la operación, pero no sienten el cuchillo». En el ataque se fracturó el húmero y él mismo se colocó el brazo sin anestesia, pero aquello le dejó lisiado, perdiendo movilidad y sufriendo agudos dolores cada vez que trataba de levantarlo por encima del hombro.

3. Livingstone, explorador, misionero y luchador contra la esclavitud

Mientras que los primeros años de Livingstone en África se centraron en su trabajo como médico misionero, sus viajes posteriores estuvieron caracterizados por su afán explorador y el deseo de abrir rutas comerciales.

A su llegada al continente africano, decidió reunirse con su mentor y amigo Robert Moffat, por lo que en 1841 partió hacia el norte, desde Port Elizabeth, en Sudáfrica, en un recorrido de mil seiscientos kilómetros en una carreta tirada por diez bueyes hacia la misión de Kuruman, fundada por Moffat. En esa misión y centro médico conoció a Mary, hija de su amigo, con la que se casó. De su matrimonio nacerían seis hijos.

Decidido a establecer nuevas misiones en territorios aún no visitados por el hombre blanco, concibió un ambicioso plan que consistía en descubrir una ruta terrestre que uniera la costa Este con la Oeste del continente africano, todo ello sin temor ante la animadversión que mostraban los bóer (colonos de ascendencia holandesa) a cualquier tipo de movimiento colonizador o exploratorio por sus territorios. Los bóer profundamente racistas y enemigos de todo aquél que, como Livingstone, defendiera la igualdad de razas, esclavizaban y masacraban a los indígenas. Livingstone procuraba atención médica y consuelo a los habitantes de las tribus esclavizadas e igualmente atendía a los colonos, no sin sufrir en ocasiones su hostilidad.

Con ese objetivo misionero y comercial realizó tres expediciones.

3.1. *Primera expedición*

Su misión no solo fue evangelizadora, sino que también abrió nuevas rutas comerciales. Estaba convencido de que el establecimiento de estas rutas ayudaría a la abolición del comercio de esclavos africanos, que describió como «esta llaga abierta en el mundo». Esta convicción inspiró sus primeros viajes de exploración a través del desierto del Kalahari.

Sirviendo de guía a dos cazadores, Murray y Oswell, comenzó una dura y arriesgada expedición. Su intención era llegar hasta un lago que, como aseguraban las tribus de la región, se encontraba en el interior del desierto del Kalahari. Esto significaba adentrarse en una gran área donde sólo lograban sobrevivir los bosquimanos y hotentotes. Las penurias del viaje, la sed, las enfermedades y las picaduras de serpientes estuvieron a punto de costarles la vida. Por fin, después de dos meses, en agosto de 1849, los tres hombres descubrieron el lago Ngami. Este lago se encuentra en el territorio de la actual Bostwana y es alimentado por las aguas del río Okavango, un río que nace en Angola y después de recorrer más de mil kilómetros, no desemboca en el mar sino que forma un gran delta y desaparece en las arenas del desierto.

Livingstone se había convertido en el primer hombre blanco en atravesar el desierto del Kalahari.

La experiencia de viajar a regiones inexploradas del interior, sin embargo, le convenció para no exponer a su familia a los riesgos de estas expediciones. Consciente de los problemas que su pasión exploradora podían acarrearles, decidió embarcarles de regreso a Gran Bretaña.

A finales de 1851 se dispuso a emprender un viaje al interior de África, llegando al cauce del Quango, afluente del Zambeze, conocido únicamente por referencias de los indígenas. Después de arrastrar serios peligros, como los continuos ataques de tribus belicosas, fieras salvajes, parajes intransitables y todo tipo de enfermedades infecciosas,



Livingstone descubrió el río Zambeze, en el centro del continente, un importante hallazgo que le consagró definitivamente como explorador.

Livingstone creyó que el Zambeze comunicaba los océanos Atlántico e Índico, y que las fuentes del Nilo, como se pensaba desde Herodoto, estaban cerca de alguno de los lagos intercomunicados por ríos menores como el Lualaba, al oeste de Tanganika.

Entre 1852 y 1856 siguió el río Zambeze con la intención de encontrar las rutas deseadas:

> «El objeto principal de esta Expedición por el Zambeze, según nuestras instrucciones explícitamente establecidas por el Gobierno de Su Majestad, era ampliar el conocimiento que se tenía sobre la geografía y recursos minerales y agrícolas del Centro y Este de África. Ya que este conocimiento mejoraría nuestra relación con los habitantes y así podríamos animarles a que se dedicasen a actividades industriales y al cultivo de sus tierras. Esto les permitiría exportar materia prima a Inglaterra a cambio de manufacturas británicas. Se espera que, al ocupar a los nativos en el desarrollo de los recursos del país, se avanzarse considerablemente hacia la extinción de la trata de esclavos...».

En el año 1853 la expedición remontó el río Zambeze hasta llegar a la actual Zambia. Desde Zambia Livingstone siguió su viaje hasta Luanda, actualmente capital de Angola, en la costa atlántica, ya en 1854. Enfermo de gravedad, tuvo que permanecer en Luanda durante cuatro meses hasta su restablecimiento para realizar el viaje de regreso.

En 1855, en el viaje de retorno, mientras seguía el cauce del Zambeze, divisó humo y escuchó un estruendo a unos diez kilómetros río arriba. Había descubierto las impresionantes cataratas que los nativos llamaban *Mosi-oa-Tunya*, «el humo que truena». Cambió su canoa por otra más ligera y avanzó hasta alcanzar una isla que se encontraba en el mismo borde de las cataratas, la isla Kazeruka, hoy rebautizada como isla Livingstone. Andando, sobre las piedras húmedas, el misionero se acercó hasta el punto donde las aguas se desbordaban. Quedó cautivado por el asombroso espectáculo, que bautizó con el nombre de Cataratas Victoria, en honor a la reina de Inglaterra, y lo describió en estos términos:

> «Cinco columnas de vapor que se esparcían en la dirección del viento, parecían mezclarse con las nubes. Toda la escena era extremadamente hermosa. Nunca antes se había visto algo así por ojos europeos. Aproximadamente a media milla de las cataratas bajé de la canoa y me embarqué en un una más ligera, con hombres que conocían bien los rápidos, que me llevaron a una isla en el medio del río y al borde donde el agua cae. Acercándome con cuidado al borde, miré hacia abajo en la fisura en la que no se ve nada más que una densa nube blanca ... desde esta nube se levanta un gran chorro de vapor y se eleva dos o trescientos metros de altura».

En 1856 alcanzó la desembocadura del Zambeze en el Océano Índico, llegando a Quelimane, en Mozambique. En tan sólo veinte meses Livingstone había logrado recorrer de poniente a oriente el continente africano.

Decidió entonces embarcar hacia Inglaterra en busca de apoyo para su aventura. En

⊲ Figura 3.—Las cataratas Victoria, Zimbabue (cortesía de la autora).

diciembre del año 1856, tras dieciséis años en África, Livingstone regresó a Inglaterra. Había partido como misionero y volvía después haber alcanzado un enorme prestigio. Recibido con los más altos honores por el Gobierno británico, la *Royal Geographical Society* le concedió su medalla de oro. El «hombre con el rostro teñido por el sol de África», fue recibido por la reina Victoria en Windsor, que le nombró cónsul en Quelimane y jefe de una expedición británica con el objetivo de explorar más a fondo todo el África central y oriental.

Antes de regresar a África, Livingstone aprovechó su popularidad para dar conferencias en universidades británicas y publicar, en 1857, el libro *Missionary travels and researches in South Africa* («Viajes y exploraciones de un misionero en el África meridional»), en el que, además de difundir con precisión todos sus descubrimientos, revelaba al mundo occidental la realidad de la barbarie del comercio de esclavos. Sus sorprendentes hallazgos obligaron a cartógrafos y geógrafos a revisar los mapas africanos de la época.

3.2. *Segunda expedición*

En 1858, Livingstone se propuso recorrer el curso inferior del Zambeze, interesado en verificar su navegabilidad. Ante la imposibilidad de hacerlo por los peligrosos rápidos con los que se encontró, decidió remontar el Shire, uno de sus afluentes, en cuyo recorrido descubrió el tercer lago más grande por extensión del continente, el Nyasa (actual lago Malawi). Un año más tarde repitió el resultado al descubrir el lago Chilwa mientras remontaba el río Rovuma. Livingstone decidió establecerse en la orilla del Nyasa durante cuatro largos años y se realizó campañas exploratorias por la zona comprendida entre el lago Nyassa y el Zambeze.

Durante estos años se dedicó a la atención médica y evangelizadora de los nativos. Se encontró nuevamente en esta época con la trata de esclavos por los portugueses que esperaban su venta o traslado hacia Lisboa y el continente americano. También fueron años duros ya que murieron la mayoría de sus acompañantes occidentales, entre ellos su hermano Charles y su esposa Mary, quien falleció el 29 de abril de 1863 de disentería.

En 1864 regresó a Inglaterra, escribiendo su obra más comprometida y demoledora, *The Zambezi and its tributaries,* en la cual condenaba el tráfico de esclavos al que estaban siendo sometidos los indígenas por parte de las compañías esclavistas árabes y portuguesas. En esta ocasión, fue duramente criticado por los periódicos, lo que provocó que tuviera grandes dificultades para conseguir más fondos para continuar con sus expediciones.

3.3 *Tercera expedición: la búsqueda de las fuentes del Nilo*

En esta ocasión, la *Royal Geographical Society* le designó la misión de buscar el nacimiento del Nilo, que seguía siendo muy discutido por los cartógrafos europeos.

En marzo de 1866, Livingstone regresó a África para encomendarse a esta nueva

tarea, mucho más ambiciosa que las dos anteriores y no exenta de grandes dificultades. Siguiendo el cauce del Rovuma, descubrió los lagos Mweru y Bangweulu. Llegó a la ribera del lago Tanganica en 1867 y en Ujiji, al oeste de Tanzania, asentó su misión base. Entre 1867 y 1868, se dedicó exclusivamente a reconocer todo el sistema fluvial de la zona, admirándose de la gran riqueza natural: «Búfalos, elefantes y antílopes pacen en las partes llanas de la orilla y por la noche se oye el rugido del león... Por la mañana y por la noche pueden observarse tranquilamente gigantescos cocodrilos en busca de sus lugares de caza y durante la noche y de madrugada se perciben los resoplidos de los hipopótamos».

Las enfermedades iban poco a poco minando su salud. Soportaba constantemente la humedad al cruzar arroyos y ríos, vadeándolos con el agua fría hasta la cintura. En su diario describe su situación, con neumonía, tosiendo día y noche, la piel expuesta al sol, cubriéndose la cabeza y la cara únicamente con hojas y con ampollas en los pies.

Decidió nuevamente poner rumbo por la tierra de los Manyuema y los grandes ríos. «Estando ahora bien descansado», escribe en su diario, «me decidí a ir hacia Lualaba. El país Manyuema es incomparablemente hermoso. Palmeras coronan las mayores alturas de las montañas con amplios bosques indescriptibles..., abundan muchos frutos silvestres desconocidos, y extrañas especies de pájaros y monos por todas partes».

Por aquellos años, los árabes también mantenían una ruta comercial que se extendía hacia el corazón de África. Con una caravana árabe viajó casi incesantemente en zigzag a través del país de Manyuema hasta que, después de un deambular de más de un año, decidió no seguir viajando bajo su protección. Finalmente llegó a las orillas del Lualaba (actual República Democrática del Congo) en marzo de 1871.

Livingstone permaneció cuatro meses en Nyangwe, un pueblo Manyuema. Los nativos eran pueblos salvajes y caníbales. Relató cómo utilizaban como abalorios collares con mandíbulas humanas, presumiblemente pertenecientes a los hombres a los que habían matado y comido.

Las dificultades seguían apareciendo en sus viajes. En una ocasión, los porteadores contratados por el gobernador zanzibarí desertaron, llevándose los animales de carga con víveres y medicinas. Sólo permanecieron junto a él once personas y sus fieles lugartenientes, Susi y Chumah, a los que había liberado años antes de una caravana árabe de esclavos y le acompañarían hasta el final de sus días.

En julio 1871 emprendió el regreso a Ujiji. Después de un viaje de más de tres meses, llegó, demacrado y envejecido, para ver que los nativos a cargo de su misión la habían saqueado y escapado. Además, los ladrones habían regresado a Zanzíbar con la nueva de que Livingstone había sido atacado y muerto por los zulúes, noticia que no se detuvo en la isla, sino que llegó a Europa y América.

Para entonces, el doctor escocés era una celebridad, pero ya habían pasado tantos años sin apenas señales de él y con las noticias que llegaban de África, que en Occidente corrían ya todo tipo de rumores sobre su trágico destino.

Ante la falta de noticias del aventurero, el *New York Herald*, ávido de historias exclusivas y sospechando que ésta podía reportar un lucrativo reportaje, decidió encargar al

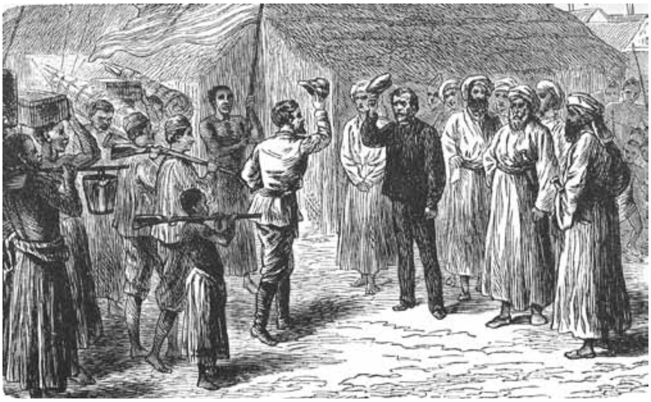


Figura 4.—«Doctor Livingstone, supongo». Ilustración procedente de «Comment j'ai retrouvé Livingstone». Paris: Hachette, 1876 (cortesía de Wikipedia).

periodista y viajero Henry Morton Stanley que buscara a Livingstone, sufragando una expedición sin reparar en gastos ni medios.

Stanley se encontraba en Madrid cuando recibió un telegrama del director de ese diario, pidiéndole que viajara a París para encomendarle una importante misión: hallar a Livingstone y traerle de vuelta, a él o a sus huesos.

Así, en febrero de 1871, Stanley partió de Zanzíbar al mando de una expedición bien equipada. Tras nueve meses de durísimo viaje en los que tuvo que sortear múltiples contratiempos, penalidades, amotinamientos y dos intentos de asesinato, Stanley encontró a Livingstone en Ujiji, a orillas de lago Tanganica, prácticamente demacrado y consumido ya que llevaba más de dos años sin medicinas ni víveres, subsistiendo con lo que le proporcionaban los nativos.

El encuentro entre los dos exploradores se hizo mundialmente conocido con la famosa frase: «Doctor Livingstone, supongo» («Doctor Livingstone, I presume»).

Cuando Stanley llegó al campamento le acompañaba casi un ejército. Hizo desplegar la bandera norteamericana y disparar algunas salvas. Livingstone lo recibió con un puñado de hombres armados con lanzas y cuchillos curvos en un asentamiento humilde. Encontramos constancia de este episodio tanto en los manuscritos de Livingstone como en los de Stanley. Éste lo relató en el capítulo XI de su libro *How I Found Livingstone*:

> «Aparté las multitudes y avancé caminando por una avenida de gente hasta que llegué delante del semicírculo de árabes, ante los cuales se encontraba el 'hombre blanco de barba gris'. A medida que avanzaba lentamente hacia él me di cuenta de que parecía cansado y pálido, tenía patillas y bigotes grises, llevaba una gorra de paño azul con una banda dorada descolorida, un chaleco rojo y unos pantalones de *tweed* grises.
>
> Habría corrido hacia él si no fuera un cobarde en presencia de tal multitud, le habría abrazado, pero no sabía cómo iba a recibirme, así que hice lo que la cobardía y el falso orgullo sugirió que era lo mejor: caminé hacia él, me quité el sombrero y dije:
>
> —Dr. Linvingston, supongo.
>
> —Sí, dijo él, con una sonrisa amable y cordial, levantando ligeramente su gorra. Volví a ponerme el sombrero, él se colocó la gorra y nos estrechamos las manos.
>
> Entonces dije en voz alta: —Doy gracias a Dios, doctor, que me ha permitido verle.

Él respondió: —Yo me siento agradecido de estar aquí para darle la bienvenida».

Livingstone, en su diario, describe la llegada de Stanley:

«Una mañana entró corriendo mi criado Susi y gritó: '¡Un inglés! ¡Lo veo!'. La bandera norteamericana a la cabeza de la caravana denunciaba la nacionalidad de aquellos forasteros. Al ver sus balas de mercancías, los grandes calderos, marmitas, tiendas y tantas otras cosas, pensé: 'Éste debe ser un viajero opulento y no un infeliz como yo, llegado al extremo de sus recursos'».

Aún así, Livingstone deslumbró con su personalidad a Stanley y le convenció para posponer su regreso a casa —donde debía anunciar que el célebre explorador seguía vivo— y adentrarse juntos a explorar las tierras del norte del lago Tanganica y la región del Bangweulu, en donde finalmente se separarían. El escocés, agradecido, le ofreció a Stanley sus manuscritos: «Puede llevarse algunas de mis notas y mapas. Tal vez le sirvan en el futuro».

Stanley no pudo convencer a Livingstone para que abandonara su propósito de encontrar el nacimiento del Nilo y regresara a Inglaterra. El explorador, cansado y seriamente enfermo, se negó en redondo. Debía completar la misión que anhelaba, encontrar las fuentes del Nilo, antes de buscar la paz y el confort del hogar. En marzo de 1872, en Tabora, se despidieron emotivamente y escribió:

«Aunque pueda vivir medio siglo más, nunca olvidaré esa escena de despedida en el África Central. Nunca dejaré de pensar en el lamento triste de esas afligidas palabras de despedida, cómo llegaron a lo profundo de mi corazón, cómo se me llenaron los ojos de lágrimas... Le miré una vez más; él estaba de pie cerca de la puerta de Kwikuru con sus sirvientes cerca de él. Agité un pañuelo, como muestra definitiva de despedida, y él respondió levantando su gorra. Fue la última ocasión, comenzamos el descenso en el camino y ya no le vi más».

4. Su último viaje

El 25 de agosto 1872 se inició en su último viaje. Con una expedición equipada por Stanley se embarcó, con todo su entusiasmo, pero también con todo tipo de penurias. Sufría de una intensa y creciente debilidad que aumentaba día a día.

Descendiendo por las regiones al norte del lago Bangweolo, en plena temporada de lluvias, la tierra era un pantano sin fin. El barro y las inundaciones le impedían avanzar, había nubes de mosquitos, arañas venenosas y el hambre amenazaba a la expedición. «He bebido agua estancada poblada de insectos, con lodo podrido por la orina y el estiércol de rinocerontes y búfalos. ¡Oh, espero que el Todopoderoso me conceda tiempo para terminar mi trabajo!», decía unas semanas antes de llegar a su destino del que no volvería vivo.

En Chitambo, en la actual Zambia, su estado de salud consumido por la malaria, la disentería y las hemorragias que sufría, le impidieron seguir. Su lugarteniente le acomodó en una choza nativa y allí murió la noche del 1 de mayo de 1873. Lo encontraron de madrugada, sólo, de rodillas como rezando, con la cabeza hundida entre las manos sobre la almohada.

Los nativos que le habían acompañado hasta el último momento, enterraron su corazón en el lugar donde murió bajo la sombra de un gran árbol en el bosque. Su cadáver fue conservado en sal y su cuerpo envuelto en una pieza de tela que hacía de sudario. Aquel bulto fue encerrado en una caja hecha con cortezas de árbol. Un pequeño grupo de nativos, incluyendo Susi y Chumah, trasladaron su cadáver hasta Bagamoyo, en la costa del Índico, a través de dos mil doscientos cincuenta kilómetros. Luego lo embarcaron hacia Inglaterra con una nota que decía: «Podéis tener su cuerpo, pero su corazón pertenece a África».

Al enterarse de su muerte, el deán de Westminster escribió al Presidente de la *Royal Geographical Society* ofreciendo enterrarlo en la abadía. Al llegar sus restos, se requirió su identificación, confirmada por las marcas de su brazo tras su encuentro con el león. Además, cabían pocas dudas, ya que pocos exploradores podían haber logrado que los africanos superaran su superstición natural, con todos los peligros que entrañaba un viaje de esas características, para acompañar el cuerpo de un misionero explorador hasta descansar en su país natal.

Susi y Chumah pagaron de su dinero el billete para asistir al funeral que se celebró en la abadía de Westminster, aunque no llegaron a tiempo. Los miembros de la *Royal Geographical Society* dijeron que no podían pagarles los billetes de vuelta a Zanzíbar. Sin un penique en el bolsillo, anduvieron por las calles de Londres hasta que alguien se apiadó de ellos y los envió de vuelta a casa.

Actualmente, el cuerpo de Livingstone reposa en la Abadía de Westminster junto a otros insignes británicos como Charles Darwin, Isaac Newton o Charles Dickens. En su tumba reza esta inscripción:

> «Llevado por manos fieles por tierra y mar, aquí descansa David Livingstone, misionero, viajero, filántropo, nacido el 19 de marzo de 1813 en Blantyre, Lanarkshire, muerto el 1 de mayo 1873 en el pueblo de Chitambo Ulala. Durante treinta años dedicó su vida al incansable esfuerzo de evangelizar a las razas nativas, explorar tierras desconocidas y combatir el comercio de esclavos en África central, donde, con sus últimas palabras escribió, «todo lo que puedo añadir en mi soledad es que el cielo bendiga a cada uno, americano, inglés o turco que ayude a sanar esta llaga abierta en el mundo».

5. Su legado

David Livingstone nunca logró encontrar las fuentes del Nilo. A pesar de no haber podido cumplir su sueño, su legado permanece y su figura continúa como el explorador por excelencia que hizo llegar al continente civilizado un retrato apasionante del África

salvaje. Había muerto después de haber pasado 30 años en África, de atravesar el continente de océano a océano, de recorrer 50.000 kilómetros casi todos a pie, descubriendo maravillas hasta entonces ignoradas y contribuyendo a aumentar el conocimiento de la geografía africana. En sus viajes dibujó y tomó anotaciones con exactitud y paciencia de todo lo que vio y de los lugares por donde pasó, con apuntes de zoología, botánica y geología.



Figura 5.—Monumento a David Livingstone en las cataratas Victoria, Zimbabue (cortesía de la autora).

En la Gran Bretaña victoriana fue considerado como un héroe nacional porque convirtió lo que hasta entonces era el desconocido continente negro en mapas geográficos y documentos etnográficos. Pero no sólo fue recordado como descubridor o cartógrafo. En su faceta como médico, debemos a Livingstone y a los pasos que dio en dirección a lo desconocido, la introducción de nuevas formas de atención en la cura de enfermedades tropicales y, sin saberlo, como precursor de tratamientos. Aunque nunca vislumbró la importancia de sus anotaciones médicas, treinta años después de su muerte, su compatriota Scott David Bruce identificó la causa de la enfermedad del sueño.

En sus escritos denunció y reflejó las barbaridades en el comercio con seres humanos. Todo lo relatado por él serviría para que el gobierno británico acabara con la trata de esclavos en África y logró que se abrieran en Gran Bretaña numerosas asociaciones antiesclavistas.

Pero un laborioso trabajo de investigación y restauración de algunas páginas deterioradas y borradas en sus diarios, realizado por un equipo de la Universidad de Indiana, ha desvelado algunos episodios vividos por el explorador en la actual República Democrática del Congo que rompen la visión idílica del Livingstone abolicionista. Parece ser que algunas hojas de su diario, escritas con tinta hecha por él mismo con semillas de bayas y que se habían vuelto invisibles al ojo humano, relatan cómo, ante las barbaries de los que masacraban los poblados, Livingstone y los suyos se comportaban como testigos mudos ante tal crueldad.

Otra particularidad que destacan estas investigaciones es la actitud de rechazo hacia

los esclavos liberados en su entorno, un comportamiento muy distinto a la imagen que se tuvo de él. Quizá la eliminación de esos pasajes de su manuscrito original estuviera motivado por profundos remordimientos y, en cualquier caso, puede dejar en entredicho el verdadero sentimiento humanista de su acción y la forma de interpretar su legado. No obstante, a pesar de conocer ahora estos episodios más oscuros de su biografía, su figura se ganó el respeto en todos aquellos lugares por donde pasó.

Al contrario que otros muchos exploradores de su tiempo, las huellas de Livingstone en África no han sido borradas por los africanos tras la independencia de los países y los lugares que se bautizaron con su nombre aún lo conservan. Sólo hay que comprobar la geografía actual: Blantyre (capital económica malauí) y Livingstonia en Malaui, o Livingstone en Zambia. Además, junto a las cataratas Victoria, su estatua sigue presidiendo los imponentes saltos de agua, y en Zambia varias escuelas de primaria y secundaria llevan su nombre.

En el solar donde estuvo durante décadas el antiguo mercado de esclavos en Zanzíbar, en el que se vendieron más de 600.000 hombres, mujeres y niños entre 1830 y 1873, se construyó la catedral anglicana en la que una placa indica, con letra blanca sobre fondo negro, que ese comercio cesó en 1873 por decreto del sultán, «tras el llamamiento hecho por el doctor David Livingstone a los hombres de las grandes universidades inglesas de Oxford y Cambridge para liberar a África de la esclavitud».

En el antiguo Consulado Británico de Zanzíbar, reconvertido hoy en restaurante, se conserva una placa que recuerda que «en esta casa descansaron los restos del explorador en su largo viaje a casa».

Pero el corazón de Livingstone sigue enterrado Chitambo, en el centro del Continente que le acogió y que él ayudó a conocer.

Bibliografía

- Africa: Livingstone [mapa]. En: Explorations of David Livingstone. Encyclopædia Britannica Online. 2014. [citado 17 Sep. 2014]. Disponible en: http://global.britannica.com/EBchecked/media/148320/Explorations-of-David-Livingstone.
- David Livingstone. National Library of Scotland. 2012. [citado 17 Sep. 2014]. Disponible en: http://www.nls.uk/learning-zone/geography-and-exploration/themes-in-focus/david-livingstone.
- David Livingstone Bicentennary Exhibition. The Royal College of Physicians and Surgeons of Glasgow. 2013 [citado 17 Sep. 2014]. Disponible en: http://www.rcpsg.ac.uk/library/exhibitions.aspx.
- Dr. Livingstone, I presume? Exposición 23 Nov–7 Abr 2013. National Museum of Scotland. [citado 17 Sep. 2014]. Disponible en: http://www.nms.ac.uk/our_museums/national_museum/dr_livingstone,_i_presume.aspx.
- Duke M. Dr. Livingstone's Rousers. A Miracle cure Marketed for Malaria. Wellcome Library. 15.10.2013 [citado 17 Sep. 2014]. Disponible en: http://wellcomehistory.wordpress.com/2013/10/15/dr-livingstones-rousers/.
- Encounters: Images of Empire. The Royal Geographical Society. [citado 17 Sep. 2014]. Disponible

en: http://www.rgs.org/OurWork/Schools/Teaching+resources/Key+Stage+3+resources/Encounters+-+Images+of+empire.htm.
- Hastie P. Dr Livingstone: Missionary, Explorer and Medical Pioneer. BBC History. [actualizado 19 marzo 2013; citado 17 Sep. 2014]. Disponible en: http://www.bbc.co.uk/history/0/21525201.
- Livingstone D. Missionary Travels and Researches in South Africa. New York: Harper Brothers Publishers; 1858. [citado 17 Sep. 2014]. Disponible en: http://www.globalgrey.co.uk/Pages/Books-African/Missionary-Travels-And-Researches-In-South-Africa.html.
- Livingstone D, Livingstone Ch. A Popular Account of Dr. Livingstone's Expedition to the Zambesi and its Tributaries; and of the Discovery of Lakes Shirwa and Nyassa 1858–1864. London: John Murray; 1865. [citado 17 Sep. 2014]. Disponible en: https://archive.org/details/popularaccounto00livi.
- Livingstone Online. Explore the Manuscripts of David Livingstone. University College London. Centre for the History of Medicine. [citado 17 Sep. 2014]. Disponible en: http://www.livingstoneonline.ucl.ac.uk/view/list.php.
- Setzer D. Dr. Livingstone's lost 1871 'massacre' diary recovered. UCLA Newsroom. 1.11.2011 [citado 17 Sep. 2014]. Disponible en: http://newsroom.ucla.edu/portal/ucla/dr-livingstone-s-lost-1871-massacre-218211.aspx.
- Shepperson GA. David Livingstone. Encyclopædia Britannica Online. [actualizado 29.8.2013; citado 17 Sep. 2014]. Disponible en: http://global.britannica.com/EBchecked/topic/344871/David-Livingstone.
- Stanley HM. How I Found Livingstone; Travels, Adventures, and Discoveries in Central Africa. Including four Months Residence with Dr. Livingstone. London: Sampson Low, Marston, Low and Searle; 1872. [citado 17 Sep. 2014]. Disponible en: https://archive.org/details/howifoundliving01stangoog.
- Waller H. The Last Journals of David Livingstone in Central Africa, from 1865 to his Death. Continued by a Narrative of His Last Moments and Sufferings, obtained from His Faithful Servants Chuma and Susi. volume I and II. London: John Murray; 1874. [citado 17 Sep. 2014]. Disponible en: http://www.globalgrey.co.uk/Pages/Books-African/Last-Journals-Of-David-Livingstone.html.